



La vida es bella
 en sus diversas
 expresiones y
 relaciones, y más vale
 procurar el arte de
 vivir para disfrutarla

Figura 1.
 Insecto ni-in,
 niij o cochinilla
 (*Llaveia axin*).
 Fotografía por
 Noé Jiménez
 Lang.

Amasijo de arte y ciencia

Paisaje biocultural del arte de la laca chiapaneca

POR NOÉ JIMÉNEZ LANG Y MARÍA MARTA VARGAS MOLINA

En este lugar, antiguamente llamado Napi-niacá, todos los días hace calor y vaga un viento tibio, con aroma a hojas secas, a **choquia** de pescado y aje. Ahí los pobladores rezan entre paredes estilo **mudéjar** en busca del perdón del pecado ínfimo. Dicen que los pecados colectivos y acumulados en la historia suelen expresarse en la **catarsis** colectiva. A lo mejor de eso se trata la gran fiesta del pueblo; la bailadera de parachicos al son del tambor y el pito, que *en* veces se convierte en borrachera alegre para quien no alcanzó el indulto de sus ancestros. Y es que cada habitante contiene las creencias, sueños, esperanzas y miedos del pueblo chiapaneca, al que conquistaron allá por el año 1532, y del pueblo moderno, que ayer la pandemia de covid 19 lo desoló.

Pese a todo, el espíritu de la antigua capital chiapaneca no murió y aún se manifiesta en la ciudad que hoy conocemos como Chiapa de Corzo, a la que de manera cariñosa nos referimos como “Chiapa”. Vivir en Chiapa, entre otras cosas, significa pasar *la calor* bajo la sombra de un árbol de cupapé (*Cordia dodecandra*), bebiendo pozol de cacao blanco de maíz (que a lo mejor ya ni es del mero natural o criollo), sentir el **petricor** que se desprende de la primera lluvia, de esas que ya no caen a su tiempo, contemplar la pochotona (*Ceiba pentandra*) que sostiene leyendas en cada rama, resistiendo la soberbia humana.

Chiapa suele pasar desapercibida por la mayoría de las personas, así como nadie nota al insecto ni-in (cochinilla o niij; *Llaveia axin*), que vive la mayor parte de su vida enterrado y brota cuando



caen las primeras lluvias para asirse en algunos árboles y alimentarse de su savia. A este insecto lo trajo a Chiapa don Gilberto Utrilla en 1971 desde el municipio de Carranza, allá del ejido Flores Magón, donde vive de manera natural en el árbol de timbre (*Acacia sp.*), y sus pobladores lo usan para obtener **aje**. En Chiapa, al insecto lo “sembraron” en los árboles de jocote (*Spondias sp.*), se adaptó o como coloquialmente se dice “pegó”, y hasta se volvió plaga. Este insecto dio vida al espíritu de un pueblo que se permite la inmortalidad a través de sus obras o expresiones artísticas, bien lo dicen las artesanas: “sin animalito no hay laca” y “artesana sin aje es artesana muerta” [1].

El arte de la laca chiapaneca actual conjuga saberes ancestrales prehispánicos con los contemporáneos, aunque muchas veces en detrimento de su autenticidad y valor cultural. Es una tradición que contiene la historia e instantes del presente de un pueblo que pervive de manera creativa y que lo manifiesta en una pieza laqueada, sea sólo fondeada o pintada, con imágenes de flores, animales, ramilletes o guirnaldas. Su belleza, valor cultural y biológico se encuentran en su complejo proceso de elaboración y en la variedad de vida que lo sustenta. Desde la obtención de los frutos leñosos que se recolectan de los árboles de jícara o morro (*Crescentia cujete*) y de la milpa, la selección y lavado de los frutos leñosos, el manejo

del niij para la obtención de aje, la elaboración de tizate, el laqueado artesanal con la técnica prehispánica y el decorado con pinturas oleosas, hasta su uso en la fiesta grande de Chiapa. La laca chiapaneca es un arte, en su mayoría realizado por mujeres como doña Martha Vargas Molina. Ella, desde su infancia y motivada por la empatía hacia su madre, así como la necesidad vital del alimento, integró el arte de la laca a su vida para descubrir el arte de vivir. A su avanzada edad aún comparte sus saberes de manera humilde y con gracia, es un tesoro humano.

La vida es bella en sus diversas expresiones y relaciones, y más vale procurar el arte de vivir para disfrutarla. Este arte es posible y puede ser tan sencillo como habitar en las orillas del río Grijalva, entre el aroma de mango mezclado con aje, el sabor dulce de jocote y pozol, entre platicadera y argüende, sonriendo y compartiendo alegrías a carcajadas. Para el arte de vivir hay que tener fe en la vida y su devenir, contemplar la creación, imitar a la naturaleza y recrearla a través de la imaginación, la curiosidad para explorar y conocer otros mundos, el lenguaje para comunicar las ideas y describir los fenómenos naturales, la búsqueda de leyes o verdades ocultas que atesoran las creencias y las tradiciones.

Hay quienes piensan que el arte y la ciencia no se conjugan, que esa música no existe, ¿cómo no?



Figura 2. Insecto ni-in, niij o cochinilla (*Llaveia axin*). Ilustración Noé Jiménez Lang.



Si para otros, que hemos hecho ambas, escribir un artículo científico, un libro o un ensayo, es como esculpir una máscara de madera de cedro, pintar un lienzo con óleos o acuarelas, laquear un pumpo o bordar un vestido de chiapaneca. La verdad es que la ciencia y el arte son creaciones humanas que nacen de la creatividad, de la inteligencia, la paciencia y el amor a la vida. Así que la separación del arte y la ciencia no existe, por lo tanto, tampoco el antagonismo entre artista y científico, al menos para quienes los impulsa la Creatividad^[2].

Nota:

Creatividad (con C mayúscula) lo refiere Csikszentmihályi (1998) como un fenómeno sistémico más que individual, que se produce en la interacción entre los pensamientos de una persona y un contexto sociocultural.

G L O S A R I O

Aje. Grasa extraída del insecto niij.

Catarsis. Purificación, liberación o transformación interior suscitadas por una experiencia vital profunda^[3].

Choquíá. Mexicanismo que se refiere a un ligero aroma que se desprende del cuerpo de algunos animales o materia orgánica en descomposición.

Hipocorístico. Nombre que se utiliza para enmascarar un nombre real.

Mudéjar. Estilo arquitectónico que se caracteriza por elementos del arte cristiano con ornamentación árabe.

Petricor. Aroma a tierra mojada.

Tizate. Polvo muy fino elaborado a partir de caliche o suelos compuestos de carbonato de calcio.

Figura 3. Maestras artesanas: María Marta Vargas Molina y Rosalba Cameras Balbuena. Sección del mural "Luces y Sombras" del artista chiapaneco Gabriel Gallegos Ramos. Fotografía por Noé Jiménez Lang.

Figura 4. Pumpo fondeado. Ilustración Noé Jiménez Lang.



P A R A C O N O C E R M Á S

[1] Grillasca Murillo, M. d I A. (2007). *Laca Chiapaneca: ensayo de una singular aventura*. Consejo Estatal para las Culturas y las Artes (CONECULTA). Gobierno del Estado de Chiapas. México. 127 pp.

[2] Csikszentmihályi, M. (1998). *Creatividad: el fluir y la psicología del descubrimiento y la invención*. Paidós Ibérica. España. 510 pp.

[3] REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23.ª ed., [versión 23.6 en línea]. <<https://dle.rae.es>> 1 de junio de 2023.

D E L O S A U T O R E S

Mtro. Noé Jiménez Lang¹. tsukumraku@outlook.com
Maestra artesana Martha Vargas Molina².

¹Instituto de Ciencias Biológicas,
 Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

²Chiapa de Corzo, Chiapas